

Cual haría pajarrillo que no baja.
Do enseñándole el coto te convidan.

¿Se necesita combatir, deliberar, apaciguar un alboroto? Bouillon es grande y magnánimo sobre todo. Ulises hiero á Taristes con su cetro y detiene á los griegos, aperchibos ya para subir á sus navios; costumbres sencillas y pintorescas. Pero ved á Godofredo presentándose solo ante un campo furioso que le acusa de haber hecho asesinar á un héroe. ¡Qué hermosura tan noble y penetrante en la súplica del piadoso capitán, seguro de la conciencia de su virtud! ¡y cómo hace brillar después esta petición la intrepidez del general, que desarmado y con la cabeza descubierta se presenta ante una soldadesca desenfrenada.

Durante el combate, anima al guerrero cristiano un santo y majestoso valor, desconocido á los guerreros de Homero y de Virgilio. Enes cubierto de sus armas divinas y puesto de pie sobre la popa de su galera, que se acercó á la ribera rutula, forma una actitud épica muy bella: Agamenon, semejante á Júpiter tonante, presenta una imagen llena de grandeza; pero ni al padre de los Césares, ni al jefe de los Atridas es inferior Godofredo en el último canto de la *Jerusalén*.

Acaba de levantarse el sol: los ejercicios están frente á frente; tromolán por los vientos los estandartes; fluctúan las plumas sobre los morriones; los vestidos, las guarniciones, los arneses, las armas, los uniformes, el oro y el hierro centellean con los primeros rayos de la luz. Montado sobre un veloz caballo, recorre Godofredo las divisiones de su ejército; habla, y su discurso es un modelo de elocuencia guerrera. Centellea su cabeza y brilla su rostro con un resplandor desconocido; le cubre invisiblemente con sus alas el ángel de la virtud. Queda todo repentinamente en un profundo silencio, y se postran las legiones adorando á aquel que derribó á Goliat por mano de un joven pastor. Resuenan de improviso las trompetas, levántanse los soldados cristianos, y llenos del furor del Dios de los ejércitos, se arrojan precipitadamente sobre los batallones enemigos.

LIBRO TERCERO.

CONTINUACION DE LA POESIA EN SUS
RELACIONES CON LOS HOMBRES.

CAPÍTULO I.

EL CRISTIANISMO HA MUDADO LAS RELACIONES DE LAS PASIONES MUDANDO LAS BASES DEL VICIO Y DE LA VIRTUD.

Desde el exámen de los caracteres descendiendo á de las pasiones; porque es cierto que tra-

tando de los primeros nos ha sido imposible no tocar algo de los segundos: aquí nos proponemos hablar mas ampliamente.

Si existiese una religion cuya cualidad esencial fuese refrenar las pasiones del hombre, aumentaría necesariamente el juego de estas en el drama y en la epopeya; seria por su misma naturaleza mas favorable á la pintura de los sentimientos que cualquiera otra institucion religiosa, que no conociese los delitos del corazon y obrase sobre nosotros solo por escenas exteriores. Estas es, pues, la grande ventaja de nuestro culto sobre los de la antigüedad: la religion cristiana es un viento celestial que hincha las velas de la virtud y multiplica las tempestades de la conciencia al rededor del vicio.

Las bases de la moral han cambiado entre los hombres, á lo menos entre los cristianos, despues de la predicacion del Evangelio. Entre los antiguos era, por ejemplo, tenida por bajeza la humildad y por grandeza el orgullo y la soberbia; al contrario, entre nosotros el orgullo es el primero entre los vicios, y la humildad una de las primeras virtudes. Esta sola mutacion de principios presenta á la naturaleza bajo un nuevo aspecto, y debemos descubrir en las pasiones otras relaciones que se ocultaron á los antiguos.

Luego la raiz del mal es entre nosotros la *vanidad* y la raiz del bien la *caridad*; de suerte que las pasiones viciosas son siempre un compuesto de orgullo y las virtuosas un compuesto de amor.

Aplicad estos principios y hallareis su exactitud. ¿Por qué todas las pasiones que provienen de la intrepidez son mas bellas entre nosotros que entre los antiguos? ¿En qué consiste que hemos dado otras proporciones al valor y transformado un movimiento brutal en una virtud? En la mezcla de la virtud cristiana, directamente opuesta á este movimiento: hablamos de la *humildad*. De esta mezcla ha nacido la *magnanimidad* ó *generosidad política*, especie de pasion (porque la de los caballeros ha llegado hasta este punto) totalmente desconocida de los antiguos.

Uno de nuestros mas dulces sentimientos, y tal vez el único que pertenece á nuestra alma enteramente (porque todos los demás tienen alguna mezcla con los sentidos, bien en sí ó en su fin), es la amistad. Y cuando no ha aumentado el cristianismo los hechizos de esta celestial pasion, dándola á la *caridad* por fundamento? Jesucristo durmió en el seno de Juan, y antes de espirar en la cruz le oyó la amistad pronunciar estas palabras dignas de un Dios: *Mater, ecce filius tuus: discipule, ecce mater tua!* «Madre, ve ahí á tu hijo; discipulo, ve ahí á tu madre.»

El cristianismo, que ha revelado nuestra doble naturaleza y mostrado todas las contradicciones de nuestro ser; que ha hecho ver los altos y ba-

jos de nuestro corazon; que así como nosotros está él tambien lleno de contrastes, presentándonos un hombre-Dios, un niño-señor de los mundos, el Criador del universo saliendo del seno de una criatura; el cristianismo, decimos, visto bajo estos diversos respectos, parece ser una excelente religion de la amistad. Este sentimiento se corrobora tanto por sus cosas opuestas como por sus semejantes. Para que dos hombres sean perfectos amigos, deben unirse y desviarse mutuamente y sin cesar bajo algun respecto; es preciso que tengan genios de una misma fuerza, pero diferentes en especie; opiniones opuestas, pero unos mismos principios; distintos amores y aborrecimientos, pero un mismo grado de sensibilidad en lo interior; humores opuestos, y sin embargo, gustos iguales; en una palabra, grandes contrastes de caracteres y grandes armonías de corazon.

Este dulce calor que esparce la *caridad* en las pasiones virtuosas, las da un carácter divino. Entre los antiguos, no pasaban del sepulcro los sucesos venideros cuando acaecía una desgracia. Dos amigos, dos hermanos, dos amantes se dejaban á las puertas de la muerte y conocian que su separacion era eterna: el colmo de la felicidad de los griegos y de los romanos se reducía á la promesa mezcla de sus cenizas; pero qué dolorosa debía ser una urna que solo contenia recuerdos! El politeísmo habia constituido al hombre en las regiones de lo pasado; el cristianismo le ha puesto en los campos de la esperanza. El goce de los sentimientos honestos sobre la tierra no es mas que el anuncio de las delicias de que hemos de ser colmados; ni está en este mundo el principio de nuestras amistades. Dos acres que aquí se aman, solamente están en el camino del cielo á que han de llegar juntos si los dirige la virtud; de suerte que esta entrgica expresion de los poetas, *exhalat su alma en la de su amigo*, es literalmente verdadera para los cristianos. Cuando dejan sus cuerpos solo renuevan un obstáculo que se opone á su íntima union, y caminando juntas sus almas, van á confundirse en el seno del Eterno.

Mas sin embargo, descubriéndonos el cristianismo las bases sobre que descansan las pasiones de los hombres, no ha privado de sus encantos á la vida. Lejos de marchitar la imaginacion haciéndola tibia y conocerlo todo, ha esparcido duda y tinieblas sobre las cosas que son inútiles á nuestros fines; superior en esto á la imprudente filosofía que intenta profundizarlo todo queriendo penetrar la naturaleza del hombre. No siempre debemos sondear los abismos del corazon; las verdades que contiene son de la clase de aquellas que piden una media luz y la perspectiva. Es una grande imprudencia aplicar el raciocinio á las pasiones, en vez de conducir el juicio sin intermision á las partes sensibles de nuestro ser: esta curiosidad nos hace andar poco á poco de todas las cosas generosas; arroja los sentimientos

y quita, por decirlo así, la vida al alma: los misterios del corazon son como los del antiguo Egipto; todo hombre profano que pretendia descubrirlos sin estar iniciado en ellos por la religion, súbitamente era herido de muerte.

CAPÍTULO II.

AMOR APASIONADO.—DIDO.

Lo que en nosotros se llama propiamente amor, es un sentimiento del que hasta el mismo nombre ha ignorado la remota antigüedad. Solo en los siglos modernos hemos visto formarse esta mezcla de los sentidos y del alma y esta especie de amor cuya base moral es la amistad. Aun la misma perfeccion de este sentimiento se debe al cristianismo; él es quien procurando sin intermision purificar el corazon, ha legado á la espiritualidad hasta las mismas inclinaciones que parecen menos susceptibles de serlo. Ve aquí una nueva situacion poética que ha suministrado esta tan denigrada religion á los mismos autores, que la insultan. Se pueden ver en una multitud de romances las bellezas que ha producido esta pasion semi-cristiana. El carácter de Clementina, por ejemplo, es una obra maestra de que la antigüedad no ofrece modelo. Pero entremos en materia: consideremos por ahora el *amor apasionado* y despues hablaremos del *amor conyugal*.

Aquel género de amor, ni es santo como la piedad conyugal, ni tampoco gracioso como los sentimientos pastoriles; pero mas vehementemente y otro, destrata las almas donde reina. No fundándose en la gravedad del matrimonio ó en la inocencia de las costumbres compostas, ni mezclando con la suya ilusion alguna, el mismo es á un tiempo su engaño, su locura y su sustancia. Esta pasion, ignorada del muy ocupado artesano y del trabajador sencillo, solo reina en aquellas jerarquías de la sociedad en que la ociosidad nos deja abrumados con todo el peso de nuestro corazon, con su inmenso amor propio y con sus eternas inquietudes.

Es tan cierto que el cristianismo penetra con su luz brillante en el abismo de nuestras pasiones, como lo es que nadie ha pintado con igual fuerza y vigor los desórdenes del corazon humano cual los oradores de la Iglesia. ¡Qué retrato no ha hecho Bordinone de la ambicion! ¡cómo ha penetrado Masillon los dobleces de nuestras almas, y cómo ha puesto en claro nuestros vicios é inclinaciones! «El carácter de esta pasion, dice este hombre elocuente hablando del amor, es de llenar el corazon enteramente: no da entrada á otro pensamiento; domina, ciega, en todas partes sa la encuenra; todo representa sus finestas imágenes, todo despierta sus injustos deseos: la soledad, la compañía, la ausencia, los objetos mas indiferentes, las ocupaciones mas serias, la santi-

dad misma del templo, los altares sagrados, los misterios terribles recuerdan su memoria.¹

“Es un desorden, exclama el mismo orador en la *Pecadora*; amar por él mismo aquel objeto en el que puede causar nuestra felicidad ni nuestra perfección, ni por consiguiente nuestra tranquilidad: porque amar no es otra cosa que buscar su felicidad en lo que se ama; es querer encontrar en el objeto amado todo lo que falta á nuestro corazón; es llamarle á nuestro auxilio para que ocupe el vacío terrible que sentimos dentro de nosotros mismos, lisonjeándonos que ha de poder llenarlo; es mirarlo como el recurso de todas nuestras necesidades, como remedio de todos nuestros males y causa de todos nuestros bienes.....² Pero este amor de las criaturas va acompañado de las mas crueles incertidumbres: deja siempre la duda de si somos amados cual nosotros amamos; es ingenioso para hacernos infelices y para forjarnos sospechas, temores y celos; padecemos mas cuanta es mayor nuestra buena fe; somos mártires de nuestras mismas desconfianzas: bien lo sabéis, yo no debiera presentarme aquí para hablaros en el estilo de vuestras insensatas pasiones.³”

Esta enfermedad del alma se apodera con furor inmediatamente que se presenta el objeto que debe fermentar la semilla. Dido está aun ocupada en los trabajos de su recién nacida ciudad; se levanta la tempestad, sale un héroe de en medio de ella. Se turba la reina, un *ciego fuego* se introduce en sus venas; comienzan las imprudencias, siguen los placeres, y el desecante y los remordimientos vienen después de ellos. Dido se halla inmediatamente abandonada; mira con horror al rededor de si y no ve mas que abismos. ¿Cómo se ha desvanecido este edificio de felicidad, cuyo amoroso arquitecto habia sido una imaginación exaltada, semejante á aquellos palacios de nubes que dora por algunos minutos un sol declinante? Dido vuela, busca, llama á Eneas:

Dissimulare etiam sperasti? etc.⁴

“Pérfido! ¿esperabas ocultarme tus designios y escapaste clandestinamente de esta tierra? Ni nuestro amor, ni esta mano que te he dado, ni Dido pronta á hacer ostentación de crueles furores, ¿han podido detener tus pasos?” etc.

“¿Qué turbación, qué pasión, qué verdad en la elocuencia de esta mujer engañada! De tal manera se confunden en su corazón los sentimientos, que los produce desordenadamente, incoherentes y separados, tales como se acumulan sobre sus la-

1 Massillon en el *Hijo pródigo*, 1.ª parte, tomo II.
2 El mismo, 1.ª parte.
3 Massillon en el *Hijo pródigo*, 2.ª parte, tomo II.
4 El mismo, 2.ª parte.
5 *Aeneid.* lib. IV, v. 305.

bios. Repara las autoridades que emplea en sus ruegos. ¿Habla en nombre de los dioses ó en nombre de un vano cetro? No; ni aun hace caso de él *Dido abandonada*, sino que mas humilde y mas amante, solo implora con lágrimas al hijo de Venus, y por medio del mismo pérfido. Si añade el recuerdo del amor, solo extendiéndose sobre Eneas: *Per nostro hincem, por nuestra comenzada unión*, dice,

Per convulsa nostra, per inceptos hymenaeos.¹

Produce tambien los lugares testigos de su felicidad, porque es costumbre de los desgraciados asociar á sus sentimientos los objetos que les rodean. Luego que se ven abandonados de los hombres, procuran buscar apoyos, animando con su dolor á los seres insensibles que les cercan. Aquel techo y aquel hogar hospitalario en que acogió poco antes al ingrato, son para Dido los verdaderos dioses. Después, con el ardor de una mujer, y de una mujer amante, recuerda en seguida la memoria de Pigmalion y la de Yarbas, para despertar ó la generosidad ó los celos del héroe troiano. Inmediatamente, por último rasgo de pasión y de miseria, llega la soberbia soberana de Cartago hasta desear que quedase á lo menos en su corazón un pequeño Eneas, *parvulus Aeneas*, para consuelo de su dolor, aunque fuese testigo de su vergüenza. Se persuade que tantas lágrimas, tantas imprecaciones y tantas súplicas, son razones á que no podrá resistir Eneas, porque en aquellos momentos de locura creen las pasiones, incapaces de abogar su causa, que declaran todos sus medios, cuando solo hacen oír todos sus acentos.

CAPITULO III.

CONTINUACION DEL PRECEDENTE.—LA PEDRA DE RACINE.

Podíamos contentarnos con oponer á Dido la Pedra de Racine; aunque mas poseída de pasión que la reina de Cartago, solo es en efecto una *esposa cristiana*. El temor de las llamas vengadoras y de la eternidad formidable de nuestro infierno se deja ver en el papel de esta mujer criminal,² y sobre todo en la famosa escena de los

1 *Ibid.* v. 316.

2 Aun si antes de huir, que así desear, Fruto del genial lecho no quedara: Si (triste) un dulce y hermoso Eneas Por mi estrado y palacio travessara, Que la gracia y beldad de que te arreara Siguiera en la facion representara; Por menos engañada me tuviera, Menos mi amarga soledad sintiera.

Velasco, pág. 183.

3 Este temor del Tártaro está indicado con energía en Eurípides.

celos, que se sabe es de la invención del poeta moderno. No era el incesto entre los antiguos tan raro y tan monstruoso, que excitase semejantes terrores en el corazón del culpable. Si Sófeles hace que muera Jocasta en el punto que conoce su delito, Eurípides la hace vivir mucho tiempo después. Tertuliano refiere¹ que las desgracias de Edipo entre los macedonios solo excitaban chocarrerías en los espectadores. Virgilio no pone á Fedra en los infiernos, sino solo en aquellos bosques de arrayanes, en aquellos campos de lágrimas, *lugentes campi*, en donde andan vagando los amantes que *ni aun en la muerte han perdidido sus inquietudes*.

Cura non ipsa in morte relinquunt.²

..... y nunca pierden,

Aun con morir, las ansias amorosas.

Velasco, lib. VI, pág. 309.

Así la Pedra de Eurípides como la de Séneca, manifiestan mas temor de Tesco que del Tártaro. Ni una ni otra hablan como la Pedra de Racine.

¡Celos! yo! ¡y Tesco es á quien llamo!

Mi esposo vive, ¡y aun mi amor conservo!

Y á qué dirijo mis ardientes votos?

Cada palabra criza mis cabellos,

Y á su colmo mis crímenes llegaron.

Incesto y crueldad me ardean á un tiempo;

Mis vengativas manos, por bañarse

En inocente sangre están ardiendo.

¡Miserable! ¡y existo! ¡y aun del día

La clara luz á resistir me atrevo!

Nieta del padre de los dioses todos,

Y llena de mi extirpe tierra y cielo,

¿Dónde me esconderé? ¡Miser! huyamos

Á la noche infernal. ¿Mas qué profiero?

¡No puso entre las manos de mi padre

Su urna fatal la suerte? En el averno

¿No juzga Minos las humanas culpas?

Pues ¡quinto horror concebirá su sombra

Cuando viere llegar á sus severos

Y adustos ojos á su misma hija,

Forzada á confesar tan torpes yerros,

Delitos tan atroces, que aun apenas

Conocidos serán en los infiernos!

Ya creo ver, ¡oh padre! de tus manos

Caer la urna terrible: sí, ya creo

Verte buscando el mas cruel suplicio,

Y ser tú mismo mi verdugo fiero.

Perdon, perdon, ¡oh padre! Un Dios airado

Persegüió á tu familia: yo lo veo:

Conoce su venganza en mis furores.

Mas ¡ay! que de los crímenes horrendos

Que de rubor me cubren, ningún fruto

Cogió mi corazón mas que el despecho.

1 En su Apolog.

2 *Aeneid.* lib. VI, v. 444.

Este incomparable trozo ofrece una graduación de sentimientos y un conocimiento de la tristeza, de las angustias y de los trasportes del alma, á que jamás han llegado los antiguos. En ellos se encuentran, por decirlo así, algunos fragmentos de sentimientos, pero rara vez un sentimiento completo; aquí está todo el corazón:

Venus con su alma, corazón y todo

Á su presa se agarra y aficiona.

En cuanto á estos versos:

Mas ¡ay! que de los crímenes horrendos

Que de rubor me cubren, ningún fruto

Cogió mi corazón mas que el despecho,

es el rasgo mas sublime de una pasión que existe. Se halla en él una mezcla de los sentimientos y del alma, de la desesperación y del furor amoroso, que sobrepaja toda expresión. Esta mujer, que se consolaría en medio de una eternidad de penas, si hubiera disfrutado de un solo instante de felicidad; esta mujer no es el carácter antiguo, es la cristiana *réproba*, es la pecadora que cayó viva entre las manos de Dios: sus expresiones son las de un condenado.

CAPITULO IV.

SOBRE EL MISMO ASUNTO.—JULIA DE ETANGE.—CLEMENTINA.

Mudamos de repente de colores, y el amor apasionado, terrible en la Pedra cristiana, solo nos hace oír en la *devota* Julia suspiros melancólicos: esta es una voz turbada que sale de un santuario de paz, y este un grito del amor que prolonga el eco religioso de los tabernáculos, dulcificándole de cada vez mas.

“El país de las quimeras es el único que merece ser habitado en este mundo; y es tal la miseria de las cosas humanas, que á excepción del ser que existe por si mismo, solamente nos parece hermoso lo que no existe.

“Una secreta languidez se introduce en el fondo de mi corazón; yo lo conozco vacío é hinchado, como decías en otro tiempo que os sucedía con el nuestro: la adhesión que tengo á todo lo que es de mi estimación, no basta para ocuparle; le queda una fuerza inútil de la cual no sabe qué hacerse. Esta pena es fantástica, convego en ello; pero no por eso es menos real. Amigo mío, yo soy muy dichosa, me cansas tanta felicidad. No hallando, pues, aquí abjeto cosa que la haste, busca mi alma codiciosa en otra parte como que satisfacerse: elevándose al origen del sentimiento y del ser, pierde allí su languidez y soledad; renace, se reanima, halla un nuevo resorte, saca una nueva vida; toma otra

existencia que no depende de las pasiones del cuerpo, ó por mejor decir, no está ya en mí misma, sino en el ser inmenso que contemplo; y libre de sus trabas por algún momento, se consueña la con volver á entrar en ellas por este reconcomienzo de un estado más sublime, el cual espera poseer algún día.

..... Acordándome de todos los beneficios de la Providencia, me avergüenzo de ser sensible á tan débiles pesares y olvidar tan grandes gracias..... Cuando, á pesar mío, me sigue hasta allí la tristeza (en su oratorio), alivian al instante mi corazón algunas lágrimas derramadas delante de aquel que consuela. Ya no son amargas ni dolorosas mis reflexiones, y mi mismo arrepentimiento está libre de susos; mis delitos me causan menos terror que vergüenza. Tengo pesares y no remordimientos.

«El Dios á quien sirvo es un Dios clemente, un padre: lo que toca á mi corazón es su bondad; esta hace que no vea todos los demás atributos suyos á ella sola es á quien concibo. Su poder me asombra, su inmensidad me atemora, su justicia.... Críó al hombre débil; puesto que es justo, es también clemente. El Dios vengador es el Dios de los malvados. No puedo temerle para mí ni implorarle para otro. «Oh Dios de paz, Dios de bondad! á ti es á quien adoro: obra tuya soy tan solo; yo lo conozco y espero hallarte en el último juicio tal cual hablas á mi corazón mientras vivo.»

«Qué felizmente están mezclados en esta pintura el amor y la religión! Este estilo y estos sentimientos no tienen modelo en la antigüedad! Es necesario la mayor insensatez para rechazar un culto que hace salir del corazón voces tan tiernas, y que por decirlo así, ha añadido al alma nuevas cuerdas. «Queréis otro ejemplo de este nuevo lenguaje de las pasiones, desconocido en los tiempos del politeísmo? Oid cómo habla Clementina: sus expresiones quizá son aun más naturales, más tiernas y más sublimemente sencillas que las de Julia.»

«Consiento, señor, con todo mi corazón (y veis que os hablo muy seriamente) que profeséis odio, desprecio y horror á la desventurada Clementina; mas os pido encarecidamente, por el bien de vuestra alma inmortal, que os unáis á la verdadera Iglesia. Y bien, ¿qué me respondéis, señor? (dirigiendo su hermoso rostro al mío, que tenía vuelto, porque me hallaba sin fuerzas para mirarla.) Decid, señor, que consiento; siempre os he tenido por de honrado y sencillo corazón. Decid que se á un Ser todopoderoso que nos puede administrar algunas de sus fuerzas? Bien se conciben los transportes de aquellos hombres santos que retirados á lo más alto de las montañas ponían toda su vida en las manos de Dios, y á fuerza de amor penetraban las bóvedas de la eternidad y llegaban hasta la contemplación de la luz primi-

1 Hay sin embargo en esta frase una mezcla muy viciosa de expresiones puramente metafísicas y de lenguaje natural. Dios, el Todopoderoso ó el Señor, estaba mejor dicho que el origen del Ser, etc.

mio. Nunca se dirá que ecodisteis á los ruegos de una mujer; vuestra conciencia obtendrá solamente este honor. No os ocultaré lo que medito para mí. Yo quedaré en la más profunda paz (en este instante se levantó con una dignidad á que daba aumento el espíritu de religión), y cuando se presente el ángel de la muerte, le alargará la mano. Acérrate, me diré, ¡oh tú ministro de paz; te sigo á las riberas á donde ansio llegar, y allí guardaré un lugar para aquel cuya muerte no quisiera ver en mucho tiempo, pero á cuyo lado deseo estar sentada eternamente.»

El cristianismo es sobre todo un verdadero bálsamo para nuestras heridas, cuando sublevadas sifilitamente las pasiones en nuestro interior, comienzan á quietarse, ó con el infatigable ó con la duración. El adormece el dolor, fortifica la resolución vacilante y previene las recaídas, destruyendo en un alma apenas curada el peligroso poder de la memoria de lo pasado: él nos llena de paz, de luz, y restablece en nosotros aquella armonía de las cosas celestiales que Plágoras cita en el silencio de sus pasiones. Como promete siempre una recompensa por un sacrificio, se cree no cederle nada aunque se le ceda todo: como á cada paso ofrece á nuestros deseos un objeto más bello, satisface la inconstancia natural de nuestros corazones: siempre estamos con él en los éxtasis de un amor nuevo, y este amor tiene de inflexible el que sus misterios son los de la inocencia y la pureza.

CAPITULO V.

CONTINUACION DE LOS PRECEDENTES.—HELOISA Y ABELARDO.

Las desgracias han traído á Julia á la religión, y obligada á ocultar al mundo una pasión que ha llegado á ser criminal, se refugia en secreto al lado de Dios, segura de hallar en este indulgente padre una compasión que no la concederán los hombres. Se complace en confesarse delante del Juez supremo, y se promete hallar en él la indulgencia, tal vez (esto involuntario de la fuerza), porque esto es lo mismo que hablar siempre de su amor.

Si tanto nos encanta referir nuestros trabajos á algún hombre superior ó á alguna conciencia tranquila que nos fortifica y hace participantes de la calma que ella disfruta, ¿qué delicia no será atravesar á hablar de pasiones al Ser impassible á quien no pueden turbar nuestras confidencias? (Qué delicia el hablar de nuestra flaqueza á un Ser todopoderoso que nos puede administrar algunas de sus fuerzas? Bien se conciben los transportes de aquellos hombres santos que retirados á lo más alto de las montañas ponían toda su vida en las manos de Dios, y á fuerza de amor penetraban las bóvedas de la eternidad y llegaban hasta la contemplación de la luz primi-

tiva. Julia se acerca á su fin sin saberlo, y los vólos del sepulcro que empieza á descubrir dejan brillar á su vista un rayo de la excelencia divina. La voz de esta moribunda mujer es débil y triste, porque, si así se puede decir, es el último ruido del viento que va á desamparar la solva y los últimos murmullos de un mar que les ampara sus riberas.

La voz de Heloisa tiene mas fuerza. Como mujer de Abelardo vive y vive para Dios. Sus desgracias han sido tan terribles como imprevistas. Precipitada desde el mundo al desierto, entró de repente y con todos sus ardores en la frialdad de un monasterio. A un tiempo ejercen su imperio sobre su corazón la religión y el amor: esta es la naturaleza rebelde, ocupada en vida por la gracia, y que alterca vanamente con los embebecimientos celestiales. Dad á Racine por intérprete de Heloisa, y la pintura de sus sufrimientos horrorará mil veces la de las desgracias de Dido, ya por el efecto trágico, ya por el lugar de la escena, y ya porque el cristianismo imprime en los objetos en que mezcla su grandeeza no sé qué de formidable.

Tal es el sitio donde yo cautiva
En lloro acervo mi existencia paso,
Y aun así del amor y su veneno
Se senta el corazón embriagado.
Solo á tu ausencia mi virtud se debe,
Y maldigo mil veces, Abelardo,
Mi costosa inocencia. ¡Triste imperio!
¡Yago funesto el que infeliz arrastro!
Mas ¿cuál es mi deber? Dime, Heloisa,
Amor, ¿quién eres tú? ¿lo has olvidado?
¡Pérdida! ¿Cómo quieres que te llamen?
Siendo esposa de un Dios, ¡tiemblo al pensarlo!
«Por un mortal tu corazón se abrasa?»
«Dios terrible! el desorden complacee
En que se ve mi espíritu agitado,
Y haz que tus santas y severas leyes
Observen mis sentidos ofuscados.
.....
«Podrás lograrlo? tu favor invocan
Mi desesperación y lloro amargo
Contra un dulce enemigo á quien adoro:
Y aun ¡infeliz! el alma fluctuando
En sus mismos deseos, tal vez tiembala
Mas tu piedad que el fuego en que me abraso!»

Era imposible que la antigüedad nos suministrase una escena semejante, porque no tenía una religión como la nuestra. Se podrá suponer como heroína una vestal griega ó romana; pero jamás se representará aquel combate entre la carne y el espíritu, que forma enteramente lo maravilloso de la posición de Heloisa, y pertenece al dogma y á la moral del cristianismo. Acordados de que veis aquí reunida la más fogosa de las

pasiones y una religión amenazadora que jamás concuerda con los appetitos del cuerpo. Heloisa ama, Heloisa se abrasa; pero por una parte se levantan muros de hielo, por otra se apaga todo bajo los mármoles insensibles, y por otra esperan su ruina ó su triunfo llamas eternas ó recompensa sin fin. No hay que esperar acomodamiento alguno; la criatura y el erudito no pueden habitar juntos en una misma alma. Dido solo pierde á un amante ingrato. Pero ¡ah! ¡enán diferentes son los cuidados que ocupan á Heloisa! tiene que elegir entre un Dios y un amante fiel, cuyas desgracias ha causado. No espere que podrá dedicar secretamente en favor de Abelardo la menor parte de su corazón, porque el Dios de Jacob es un Dios celoso y un Dios que quiere la preferencia en el amor; castiga hasta la sombra de un pensamiento, hasta los sueños que se encaminan á otro objeto distinto que él.

Nos tomamos la licencia da emendar aquí un error de Mr. Colardeau, porque proviene del espíritu de su siglo y porque sirve para aclarar el asunto que tratamos. Su carta de Heloisa tiene un espíritu filosófico que no existe en el original de Pope. Después del retazo que hemos citado, se hallan estos versos:

Caras hermanas, de mis duros hierros
Inocentes y tristes compañeras,
Palomas que gemís bajo esos santos
Y pavorosos pórtricos; vosotras
Que solo conocisteis las virtudes
Que da la religión, y yo no tengo;
Vosotras, sí, que llamas solamente
Del monástico espíritu, del todo
Ignorais del amor el duro imperio:
En fin, vosotras, que de Dios tan solo
Conociendo el halago.....
.....
¿Cuán venturosas sois, siendo insensibles!
¿Qué apacibles los días, qué serenas
Las noches os serán! El eco fueras
De las pasiones en ningún instante
Alterará su curso. Y ¡cómo envidia
Heloisa esos días y esas noches!

Este pasaje, que no carece de resignación y blandura, no se halla en el inglés. Apenas se descubre algún vislumbre de él en estos versos que traducimos aquí literalmente:

«¡Dichosa la virgen sin mancha que olvida el mundo, y á quien el mundo olvidó! La eterna alegría de su alma la amanece que todas sus oraciones son oídas por Dios y todos sus votos resignados. El trabajo y el descanso dividen sus días en iguales partes; su sueño fácil cede sin mucha dificultad á los llantos y á las vigiliat. Sus deseos son arreglados, sus gustos siempre los mismos, sus hechizos son sus lágrimas y sus suspiros son por el cielo. La gracia esperece al re-

1 Colardeau, ep. de Heloisa.

dedor de ella sus mas serenos rayos; los ángeles la infunden sin sentir los mas hermosos sueños.¹ Para ella prepara el esposo el anillo nupcial; por ella entonan blancas vestales cánticos de himeneo, y para ella florece la rosa de Edén que jamás se marchita, y esparcen los serafines los perfumes con sus alas. Muere por último al son de las celestiales arpas y desaparece entre las visiones de una eternidad.²

No podemos comprender cómo ha podido llegar el engaño de un poeta hasta al punto de poner en lugar de esta hecibiera descripción una idea vulgar acerca de las *languides monásticas*. ¿Quién no conoce lo bello y dramático de esta oposición que Pope ha querido hacer entre los disgustos y amor de Heloisa y la paz y tranquilidad de la vida religiosa? ¿Quién no penetra cuán agradable reposa esta transición al alma agitada por las pasiones, y qué nuevo realce da después á los movimientos de aquellas mismas pasiones renacientes? Si la filosofía es buena para alguna cosa, no lo es seguramente para pintar las turbaciones del corazón, pues se ha inventado directamente para aplacarlas. Filosofando Heloisa sobre las débiles virtudes de la religión, no habla según la verdad, según su siglo, según el corazón de una mujer, ni según el amor, solo respaldado el poeta, y lo que aun es peor, la edad de los sofistas y de la declamación.

Así destruye el espíritu irreligioso la verdad de todas las cosas y arruina los movimientos de la naturaleza. Pope, que logró mejores tiempos, no cayó en el defecto de Mr. Colardeau. Conservaba la buena tradición del siglo de Luis XIV, de cuyo siglo no fué mas que una especie de prolongación ó reflejo el de la reina Ana. Abraçámonos, pues, inmediatamente con las ideas piadosas, si queremos dar algun valor á las obras del ingenio. La religión es la verdadera filosofía de las bellas artes, porque no separa, como la sabiduría humana, la poesía de la moral ni la ternura de la virtud.

Se podrán hacer además otras muchas observaciones interesantes sobre Heloisa, por lo que toca á la casa solitaria que es el lugar de la escena. Aquellas claustros, aquellas bóvedas, aquellos sepulcros y aquellas costumbres austeras en contraste con el amor, deben aumentar la fuerza y la melancolía. Una cosa es acabar prontamente la vida sobre una hoguera, como la reina de Cartago, y otra abstrarse con lentitud sobre el altar de la religión, como Heloisa. Pero como en adelante se nos presentarán muchas ocasiones para hablar de monasterios, nos vemos obligados á dejarlo aquí por evitar repeticiones.

1 El inglés ha usado de la palabra *prompt*, el francés de *oufflent*.

CAPÍTULO VI.

AMOR CAMPESTRÉ.—EL CÍCLOPE Y GALATEA.

Tomaremos por término de comparación en los amores campestres entre los antiguos, el idilio del ciclope y Galatea. Este pequeño poema es una de las obras maestras de Teócrito; el de la *Encantadora* es quizá superior en cuanto al fuego de la pasión, pero es menos pastoril.

Sentado el ciclope sobre una roca á las orillas del mar de Sicilia, canta así sus disgustos tendiendo la vista sobre las olas:

“Hechiera Galatea, ¿por qué desprecias tú los cuidados de un amante; tú cuyo rostro es blanco como la pasta de la leche que aprieta el aro de mimbres; tú, mas tierna que el cordero, mas atractiva que la becerria y mas fresca que el racimo que aun no ha reblandecido los calientes del día? Tú corres por esas riberas cuando el dulce sueño se apodera de mí, y huyes cuando el mismo dulce sueño me desampara; me temes como el corderillo al lobo encanecido por los años. No he cesado de adorarle desde el día que te vi venir con mi madre á cortar los frescos juncos de la montaña, yo mismo te enseñaba el camino. Después de aquel momento ¿antes y aun hoy mismo me es imposible venir sin tí. No obstante, ¿estimas mi cuidado? En nombre de Júpiter, ¿haces algun caso de mi pena?... Pero, por horrible que sea yo, tengo mil ovejas cuyas abundantes tetas estrujo con mi mano y cuya leche bebo espumando aun. El estío, el otoño y el invierno hallan siempre quecos en mi granja; mis vasijas están siempre llenas. Ningun ciclope, ¡oh jóven virgen! podría divertirse con el sonido de la flauta tan bien como yo. Ninguno sabría celebrar tantos tus hechizos con tanto arte por la noche, durante tu hechizo con tanto arte.”

“Para tí estoy yo criando once ciervas que están próximas á parir sus cervatillos. También cuido cuatro ositos, robados á sus madres montañesas; ven y poserás todas estas riquezas. Deja que se estrele el mar locamente en sus orillas; tus noches serán mas dichosas si las pasas á milado en mi cueva. Allí susurrar altos laureles y cipreses; la negra yedra y las parras cargadas de racimos entapizan su profundidad oscura; muy cerca de ella corre una agua fresca que mana de las nevadas cumbres del blanqueado Etna y de sus contornos cubiertos de sombras bosques. ¡Qué! ¿preferirías aun los mares y sus innumerables ondas? Si mi erizado pecho ofende tu vista, yo tengo madera de encina y algunos restos de fuego escondidos entre la ceniza; abraza si quieres (que todo me será dulce si viene de tu mano), abraza mi único ojo, este ojo que estimo mas que la misma vida. ¡Ah! ¡que no me haya dado mi madre remos ligeros para cortar las

2 Teoc. idil. XI, v. 19 y sig.

Con un pedecel delicado
El artífice agradable
Del objeto mas horrible
Un objeto saca amable.

Es bien sabido que los modernos, y los franceses con especialidad, han adelantado poco en el género pastoril.¹ Sin embargo, nos parece que Bernardino de Saint-Pierre ha sobrepasado á todos los bucolicos griegos y romanos. Su *romance*, ó por mejor decir, su poema de *Pablo y Virginia*, es uno de los poquitos libros que se hacen muy antiguos en pocos años, por lo cual nos atrevemos á citarlo sin temor de comprometer en ello nuestro juicio.

CAPÍTULO VII.

CONTINUACION DEL PRECEDENTE.—PABLO Y VIRGINIA.²

El viejo sentado sobre la montaña refiere la historia de dos familias desterradas; cuenta las alegrías, los trabajos, los amores y las inquietudes de su vida.

“Pablo y Virginia ni tenían relojes, ni almanaque, ni libros de cronología, historia ni filosofías. Los períodos de su vida se arreglaban por los de la naturaleza. Conocían la hora del día por la sombra de los árboles, las estaciones por los tiempos que les daban sus flores ó frutos, y los años por el número de sus cosechas. Estas dulces representaciones formaban las mayores delicias de sus conversaciones.—Ya es hora de comer, decía Virginia á la familia, las sombras de los plátanos llegan ya á sus pies. La noche se acerca, porque los tamarindos cierran sus hojas.—¿Cuándo vendréis á vernos? le decían algunas amigas de la vejeidad.—Por el tiempo de las cañas dulces, respondía Virginia.—Vuestra visita, replicaban aquellas jóvenes, nos será sumamente dulce y agradable. Cuando la preguntaban su edad y la de Pablo, respondía: Mi hermano es de la edad del coco grande de la fuente, y yo de la

1 La Revolución nos ha privado de un hombre que descubria un raro talento para la fábula; este era Mr. Andrés Chénier. * Hemos visto una pequeña colección de idilios suyos manuscritos, en que se hallan cosas dignas de Teócrito. Esto indica la expresión de esta desgraciado jóven sobre el caudal; decía dándose golpes en la frente: *Mourir! j'en me quedaba aquí algo que hacer!* y era que las musas le lucian patente su talento al tiempo de la muerte.

2 Tal vez seria mas exacta la comparación de *Dafnis y Cloé* con Pablo y Virginia; pero aquel romance tiene demasiada libertad para que pueda ser citado en una obra como esta. La historia de *Pablo y Virginia* está bellamente traducida á nuestro idioma por el señor Aler, quien la imprimió y publicó en 1795.

* Véase la nota 15 al fin de la obra.

aguas, así como al pez! ¡Ah! ¡cómo bajaría donde está mi Galatea! ¡cómo besaría sus manos si no me concedía sus labios! Si, yo te llevaría ó libros blancos ó tiernas adormideras con hojas de púrpura; los primeros crecen en el estío y las segundas en invierno, y así no te las podría ofrecer juntamente....

“Así aplicaba Polifemo á la herida de su corazón el inmortal dictado de las Musas, aliviando con esto su vida mas dulcemente que con todo lo que se compra á peso de oro.”

Este idilio respira una pasión deliciosas. No podía escoger el poeta palabras mas delicadas y armoniosas que estas. El dialecto dórico añade aun á estos versos un tono de sencillez imposible de trasladar á nuestro idioma. Por medio del juego de una multitud de *as* y de una pronunciación larga y abierta, parece que se siente la calma de las pinturas de la naturaleza y que oye aun al sencillez modo de hablar de un pastor.¹

Es digna de observación la naturalidad de las quejas del ciclope. Polifemo habla con el corazón, y no se duda un solo momento que esto fue imitación de un poeta. ¡Con qué apasionada ingenuidad hace el desgraciado amante la pintura de su propia fealdad! Ni aun ha quedado aquel espantoso ojo, sin que de él haya sabido sacar Teócrito el rasgo mas brillante; tan cierta es la advertencia de Aristóteles, tan bien copiada por Despreaux, que tuvo ingenio á fuerza de tener razón.

1 Se debe observar que la primera vocal del sílaba se halla en casi todas las palabras que pintan las escenas del campo, como *avalla, casa, cediado, labranza, ralle, montaña, árbol, pasto, lactancia*, etc., y en los adjetivos que acompañan comunmente á estos nombres, como *pesado, campestre, laborioso, agreste, delicioso*, etc. Esta observación recae con la misma igualdad sobre todos los idiomas conocidos. Habiendo sido la *A* la primera que se descubrió, como que es la primera emisión natural de la voz, los hombres, pastores entonces, le emplearon en todas las palabras que componían el pequeño diccionario de su vida. La igualdad de sus costumbres y la poca variedad de sus ideas, sacadas necesariamente de los imágenes de los campos, debían recortar también continuamente los mismos sonidos en el lenguaje. El sonido de la *A* conviene con la calma de un corazón campestre y con la paz de los retratos rústicos. El acento de una alma apasionada es agudo, silbador y precipitado: la *A* es para ella demasiado larga; se necesita una boca pastoril que pueda tomar el tiempo suficiente para pronunciarla con lentitud. Pero nunca deja de hacer buen efecto en las quejas y llantos amorosos, y en los sencillos *ay de mí* de un cabrero. Por último, la naturaleza hace también oír en sus ruidos esta letra campestre, y un oído atento la puede reconocer acentuada distintamente en los susurros de ciertos ríos, como en el del Estamo y la yedra, en el caudal trémulo del lago, en el principio ó final del helido de los ríos, y por la noche en los aullidos del perro montés.

edad del mas pequeño. Los mangüeros¹ han dado doce veces sus frutos, y los naranjos han florecido veinticuatro veces desde que yo estoy en el mundo. Su vida parecia que estaba adherida á la de los árboles como la de los fanos y dríadas. No conocian mas épocas históricas que las de su vida de sus madres, otra cronología que las de sus vergeles, ni otra filosofía que la de hacer bien á todo el mundo y resignarse en la voluntad de Dios.
Algunas veces estando Pablo solo con Virginia, la decia al volver de sus trabajos: "Cuando estoy cansado me da aliento tu vista; cuando desde lo alto de la montaña te diviso desde lo hondo de este valle, me parece en medio de nuestros jardines á un capullo de rosa. Aunque te pierda de vista entre los árboles, no tengo necesidad de verte para volver á hallarlo: queda para mí, ya en el aire que cortas y ya en la yerba que pisas, una cierta cosa que no puedo explicar.
Dime, ¿con qué hechizos me has encantado? ¿Ha sido con tu discreción? ¿Nuestras madres tienen mas que nosotros dos. Ha sido con tus caricias? Ellas me abrazan mas á menudo que tú. Yo creo que ha sido por tu bondad. Toma, querida mía, agarra esta florida rama de limon que he cortado en la foresta. Ponla de noche cerca de tu cama: como este panal de miel que he cogido para ti en lo alto de una roca; pero reposa antes sobre mi seno, y descansarás yo."

Virginia le respondia: "Oh hermano mío! menos alegría me causan por la mañana los rayos del sol en lo alto de estas rocas que tu presencia."

Me preguntas: ¿por qué me amas? ¿Por qué lo que se ha criado junto se ama. Y ¿cómo nuestros pájaros criados en unos mismos nidos se aman como nosotros y siempre están juntos como nosotros? Escucha, repete como uno á otros se llaman y se corresponden desde un árbol al otro. De la misma suerte, cuando el eco me hace oír los tonos que cantas con tu flauta, repito las palabras en el fondo de este valle. Ruego todos los días á Dios por mi madre, por la tuya, por ti, por nuestros pobres criados; pero cuando pronuncio tu nombre, me parece que se aumenta mi devoción. ¿Con cuántas instancias pido á Dios que no te suceda mal! ¿Por qué vas tan lejos y tan alto á buscar flores y frutas para mí? ¿No tenemos bastantes en el jardín? ¿Qué cansado te hallas! estás bañado en sudor. Y con su pañuelito blanco le enjugaba la frente y los carrillos y le daba besos de paz."

1 O mangüeros: son árboles bajos por lo comun, con hojas gruesas y largas parecidas á las del peral; destilan una resina muy útil y saludable para las llagas, quebraduras, etc., y dan una fruta, que aunque amarga, es muy medicinal y provechosa. Se crían á las orillas de los ríos y en parejas pantanosas, y los hay en todas las islas de América.

Lo que nos interesa examinar en esta pintura, no es el *porque* es superior al idilio de Galates, (superioridad tan evidente que ninguno de este mundo podrá dejar de conocer), sino *porque* debe su excelencia á la religion, y en una palabra, porque es cristiana.

Es verdad que su hechizo consiste en una cierta moral melancólica que se halla refundida en el conjunto de *Pablo y Virginia* y que se podría comparar á la uniformidad del resplandor que esperece la luna en una soledad adornada de flores. Porque quien haya leído los Evangelios, no puede negar que aquí se halla su carácter distintivo. Mr. Bernardino de Saint-Pierre, que en sus *Estudios de la naturaleza* procuró justificar las vías de Dios y probar la belleza de la religion, ha debido nutrirse con la meditación de las Escrituras, presenta dos cortas familias cristianas destinadas, viriendo bajo las miras del Señor, conversando con la Biblia y obrando en el desierto. Atañida á esto la indignidad y los infortunios del alma, de los que la religion es el único remedio, y tendréis todo el asunto del poema. Los personajes son tan sencillos como el enlaze; se componen de dos hermosos niños: cuya cuna y sepulcro se ven inmediatamente, dos fieles esclavos y dos amas piadosas. Estas buenas gentes tienen un anciano que ha quedado solo en la montaña y que ha sobrevivido á cuanto amaba, cuenta á un viajero las desgracias de sus amigos sobre las ruinas de sus cabanas.

Añadamos, pues, que estas buélicas anstrales están llenas de ideas de las Escrituras. Allí está Rai, allí Sefora, aquí Eden y nuestros primeros padres. Aquellos sagrados recuerdos envejecen las costumbres del retrato, espaciando por él los antiguos colores y modo de vivir del primitivo Oriente. La misa, las oraciones, los sacramentos, las ceremonias de la Iglesia, que recuerda el autor á cada paso, espargen por la obra sus bellezas espirituales. El misterioso sueño de madama de Latour (no está esencialmente ligado á lo que tienen de mas magnífico y tierno nuestros dogmas religiosos? Se reconoce al cristiano en aquellos preceptos de resignación á la voluntad de Dios, de obediencia á sus padres, de caridad para con los pobres, y en una palabra, en toda aquella dulce teología que respira el poema de Mr. Bernardino de Saint-Pierre. Am hay mas, pues la religion es en efecto la que termina la catástrofe, porque Virginia muere por conservar una de las primeras y mas recomendables virtudes del cristianismo. Hubiera sido un absurdo haber hecho morir una griega por no haberse querido desnudar de sus vestidos. Pero la amante de Pablo es una virgen *cristiana*, y el desenlace, que sería ridículo bajo de una creencia menos pura, es aquí sublime.

Por último, el estilo de esta pastorala no se

asemeja ni á los idilios de Teógerito, ni á las églogas de Virgilio, ni enteramente á las grandes escenas rústicas de Hesiodo, Homero y de la Biblia, sino que recuerda cierta cosa inefable, como la parábola del *buen Pastor*; y se conoce que solo un cristiano pudo respirar los evangelios amores de Pablo y Virginia.

Se me objetará tal vez que su talento para pintar la naturaleza, y no el hechizo sacado de los libros sagrados, es lo que da á Mr. Bernardino de Saint-Pierre la superioridad sobre Teógerito. Bien; pero á eso respondemos que aun debe al cristianismo ese mismo talento, pues desterrando nuestra religion las poetas divididas de los bosques y de las aguas, le ha permitido plantar los desiertos segun toda su majestad primitiva. Probarémoslo probar este cuando tratemos de la mitología, pues al presente nos es forzoso continuar nuestro exámen de las pasiones.

CAPÍTULO VIII.

LA RELIGION CRISTIANA CONSIDERADA COMO PASION.

No contenta la religion cristiana con aumentar el juego de las pasiones en el drama y en la epopeya, ella misma es una especie de pasion que tiene sus éxtasis, sus suspiros, sus alegrías, sus amores del mundo y del desierto. No ignoramos que el siglo da á esto el nombre de *fanatismo*; pero podríamos responderle con estas palabras de Rousseau: "El fanatismo, aunque *sanguinario* y *crudo*, es sin embargo una grande y fuerte pasion que exalta el corazon del hombre y le hace despreciar la muerte, le da una prodigiosa elasticidad, y que solo se trata de darle mejor direccion para sacar de él las virtudes mas sublimes; al paso que la *irreligion*, y en general el espíritu *racionador* y *filosófico*, apega á la vida, afemina y envilece las almas, reconcentra todas las pasiones en la bajeza del interés particular y en la abyección del yo humano, y así sordamente destruye los verdaderos principios de toda sociedad; porque es tan poco lo que tienen de comun los intereses particulares, que jamás balancarán lo que tienen de opuesto."

Pero no es este actualmente el estado de la cuestion; ahora solo se trata de los efectos dramáticos. Luego el cristianismo considerado en sí mismo como pasion, suministra tesoros inmensos al poeta. Esta pasion religiosa es tanto mas energética cuanto mas contraria á todas las demás, como que es preciso que las destruya, si ella há de subsistir. Es muy melancólica, así como todas las afecciones grandes; nos arrastra á lo oscuro de los claustros y á las cimas de las montañas. La belleza que adora el cristiano no es precede-

ra, sino aquella belleza eterna por la cual se apresuraban los discípulos de Platon á dejar la tierra: no se manifiesta aquí á sus amadores sino en sombras; se envuelve, como en una capa, en los pliegues del universo, porque si arrojase directamente sobre el corazon del hombre una sola mirada suya, no podría sufrirla y se abismaría en las delicias.

Para llegar á la fruicion de esta beldad suprema, siguen los cristianos distinto rumbo del que seguan los filósofos de Atenas; permanecen contentos en el mudo á fin de multiplicar los sacrificios, y hacerse por una larga expiacion mas dignos del objeto de todos sus deseos.

Cualquiera que disfrutando lo menos que puede de su cuerpo, muere puro, vuela libre de sus tormentos y sus dudas al lugar de la vida, donde en éxtasis interminables contempla para siempre lo que es verdadero, lo que es inmutable y lo que es sobre toda imaginacion. ¿Cuántos mártires gloriosos ha producido esta esperanza! ¿Qué yermo no ha oido los suspiros de tantos ilustres rivales como disputaban entre sí el objeto de sus adoraciones de los ángeles y de los serafines! Aquí está un Antonio que erige un altar en el desierto, y desconocido de todos los hombres se inmola por espacio de cuarenta años; y allí un san Gerónimo que deja á Roma, atraviesa los mares, y va, como Elias, á bascar un retiro á las orillas del Jordan. El infierno intenta quitarle su tranquilidad, y la suntuosa Roma se le presenta con todos sus hechizos en medio de los bosques para su tormento. Sostiene terribles asaltos, combate cuerpo á cuerpo con sus pasiones. Sus armas son las lagrimas, los ayunos, el estudio, las penitencias, y sobre todo, el amor. Se arroja á los pícs de la belleza divina y le pide socorro. Algunas veces carga sus espaldas con un fardo de arena abrasando, como un forzado condenado á los trabajos mas penosos para domar una carne alborotada y apagar con las fatigas los culpables deseos que asaltan á la criatura.

Pintando Massillon este amor, exclama: "Solamente el Señor le parece bueno, veraz, fiel, constante en sus promesas, amable en sus atenciones, magnífico en sus dones, verdadero en su ternura, indulgente aun en su cólera; el único bastante grande para llenar toda la inmensidad de nuestro corazon, el único bastante poderoso para satisfacer todos los deseos, el único bastante generoso para dulcificar todas las penas; solo inmortal, á quien amaremos siempre; el único, en fin, á cuyo amor siempre sentiremos haber dilatado consagrarnos."

El autor de la Imitacion de Jesucristo ha recogido el estilo mas místico y mas fervoroso del amor divino, en las obras de san Agustín y de los demás santos padres.

"El amor es ciertamente una cosa grande, el

1 ¿Es menos la *filanofia*?2 Nota del *Emilio*, tom. III, p. 198, lib. IV.

1 Imitacion de Jesucristo, libro III, cap. 5.

amor es un bien admirable cuando sabe aligerar lo que es pesado y cuando sufre con igual tranquilidad los varios sucesos de la vida; aguantas sin disgusto lo penoso, dulcifica y hace agradable lo amargo.

«El amor de Dios es generoso; impule las almas á grandes acciones, y las excita á desear lo más perfecto.

«El amor de Dios se inclina siempre á los cielos, y no sufre que los sujetos las cosas de la tierra.

«El amor de Dios quiere la libertad y el desprendimiento de las afecciones del siglo; teme que se ofusque su luz interior y que le estorben los bienes ó le abatan los males del mundo.

«No hay en el cielo ni en la tierra cosa más dulce, más fuerte, más elevada, más agradable, más extensa, más llena ni mejor que el amor, porque descende de Dios, y elevándose sobre todas las criaturas, solo puede descansar en Dios.

«El que ama á Dios está siempre contento; corre, vuela, es libre, nada le detiene; lo da á todos, lo posee todo en lo de todos, porque descansa en aquel único y soberano bien, superior á todo, donde disminan y procedan todos los bienes.

«No fija su atención en los favores que recibe, sino que eleva su corazón hacia el Ser de quien proceden.

«Solo el que ama es capaz de oír la voz del amor y las palabras de fuego que dirige á Dios una alma vivamente comunicada cuando le dice: Vos sois mi Dios, vos sois mi amor, vos sois todo mío, y yo todo vuestro.

«Dad extensión á mi corazón para que pueda amaros todavía más, para que sepa con un placer interior y espiritual cuán dulce es amaros, y por decirlo así, nadar y perderse en el océano de vuestro amor.

«Aquel que ama generosamente, añade el autor de la *Intestación de Bernarini*, permanece firme contra las tentaciones, sin dejarse sorprender por las astuciosas persuasiones de su enemigo.»

«Esta pasión cristiana y esta guerra interminable entre los amores terrenales y los del cielo, es lo que ha pintado Cornelle en esta famosa escena de Polyucte¹ (porque aquel grande hombre, ménos defendido que los espíritus del día, no ha tenido al cristianismo por inferior á su talento).

POLYUCTE.
Si morir por su rey es tan glorioso,

«Mejor dar por su Dios será la vida».

PAULINA.
¿Qué Dios?

POLYUCTE.
¡Oh Paulina, el que oye tus palabras:

No un dios creado por la fantasía,
Como lo son los nuestros, insensibles,
Sordos, sin facultades conocidas,

Y hechos de mármol ó metales viles.
Es mi Dios, es el tuyo, mi Paulina,

Y el que adoran los cielos y la tierra.

PAULINA.
Adórale en tu alma y no lo digas.

«Yo idolatra y cristiano a un mismo tiempo».

PAULINA.
Finge no más hasta que llegue el día

En que Severo parta. Les bondades
De mi padre, tal vez...

POLYUCTE.
En vano insistas:

Las de Dios solamente buscar debo,
El me salva del riesgo que corras;

Y puesto en el camino verdadero,
Ni aun me deja volver atrás la vista.

El me conduce en un instante al puerto,
Y él á la dulce muerte me destina.

Desde el bautismo santo. «Si supieras
Por ventura lo corta que es la vida

Y qué placeres siguen á esta muerte!

.....
Señor, de tus piedados lo consiga:

Ella tiene virtudes muy sublimes
Para no ser cristiana. Y pues tan digna

La formaste de tí, no, no consientas
Que sin amarte y concerto viva:

No consientas que, esclava del infierno,
Muera en la culpa con que fué nacida.

PAULINA.
¡Infeliz! ¿Qué pronuncias? ¿qué desasas?

POLYUCTE.
Un bien que con mi sangre compraría.

PAULINA.
Primero...

POLYUCTE.
Inútil es que tú te opongas;

Pues cuando el hombre menos imagina,
Hierre este Dios su corazón de piedra:

Si no llegó tan venturoso día,
Yo sé que ha de llegar.

PAULINA.
Amame, y deja

Tan inútil delirio.

POLYUCTE.
Si, Paulina,

Te amo más que á mí mismo, pero amo
Mas á mi Dios.

PAULINA.
¡Ay! paga la fe mía,

Y en nombre de ese amor no me abandones.

POLYUCTE.
En nombre de ese amor que tú publicas,
Sigue mis pasos.

PAULINA.
¡Perdido me dejás,

Y aun no contento, ¡sé seducirme aspiras!

POLYUCTE.
No me contento con que tú te salves,
Quiero salvarte yo.

PAULINA.
¿Cuál te domina

Una ilusión!

POLYUCTE.
Verdades son eternas.

PAULINA.
¿Oh extraña ceguedad!

POLYUCTE.
¿Oh luz divina!

PAULINA.
¿Tú prefieres la muerte al amor mío!

POLYUCTE.
¿Tú mas que á Dios, al mundo vil estimas! etc.

Vod aquí estos dos admirables diálogos según el estilo de Cornelle, donde la sencillez de las réplicas, la rapidez de los giros, el calor del rasgo y la elevación de los sentimientos no cesan de arrebatar á los espectadores. ¿Qué sublima es Polyucte en esta escena! qué grandeza de alma, qué entusiasmo tan divino, qué dignidad! La gravedad y nobleza del carácter cristiano están indicados hasta en aquellos rasgos opuestos á los rasgos de la hija de Félix: esto solo hace que diste un mundo entero entre el mártir Polyucte y la pagana Paulina.

Por último, Cornelle empleó todo el poder de la pasión cristiana en este diálogo admirable y digno siempre de ser aplaudido, como habla Voltaire.

Manda Félix á Polyucte que sacrifique á los falsos dioses, y este se resistió á hacerlo.

FELIX.
Cedió al justo furor mi gran clemencia:

Adórale, ó morir si te obstinas.

POLYUCTE.
Soy cristiano.

FELIX.
Obedece, temerario,

O en este instante perdidas la vida.

POLYUCTE.
Soy cristiano.

FELIX.
¿Tú lo eres? ¡Obstinado!

Condeñale, soldados, y cumplida
Sea ya la sentencia fulminada.

PAULINA.
¿A dónde le llevais? ¿dónde caminais?

FELIX.
A la muerte.

POLYUCTE.
A la gloria.

Aquella sola expresión, *soy cristiano*, repetida dos veces, iguala á las expresiones más hermosas de los *Horacios*. Cornelle, que conocía

1 Esto es con respecto al francés, pues en la traducción hemos usado siempre del pronombre personal tú, por parecerse más á propósito y elegante.

2 Acto V, escena 3.

muy bien lo sublime, percibió el grado de elevación de que era susceptible el amor á la religión. Esta especie de pasión tiene al mismo tiempo la doble energía del amor y del patriotismo, porque el cristiano ama á Dios: como soberana hermosa y al cielo como su patria.

Hagamos la prueba de dar á un idólatra alguna cosa del entusiasmo de Polyucte: ¿Se apasionará de una diosa obscena, ó correrá á la muerte por un Dios abominable? Las religiones que pueden inspirar algún ardor, son las que se acercan más ó menos al dogma de la unidad de un Dios, pues divididos el corazón y el espíritu entre una multitud de dividades, no pueden amar fuertemente ni á las unas ni á las otras. No puede haber amor durable si la pasión dominante del hombre, y así cuando ama al error, es por que cuando cree en él, lo tiene por una cosa verdadera. No porque á cada paso exigamos en la mentira, la amamos; esta fuerza no proviene de nuestra degradación original: no hacemos el bien, aunque lo deseamos; hemos perdido el poder, aunque conservamos el deseo, y buscamos aun con nuestro corazón la luz que nuestros débiles ojos no pueden aguantar.

Volviéndonos á abrir la religión cristiana, por los méritos de la sangre del Hijo del hombre, los brillantes caminos que habla cubierto la muerte con sus sombras, nos ha vuelto á nuestros primitivos amores. El cristiano, heredero de las bendiciones de Jacob, se inflama en estos deseos de entrar en aquella Sion celestial hácia la cual padecen todos sus sufrimientos. Esta es la grande pasión que pueden cantar sus poetas, á ejemplo de Cornelle; nuevo manantial de bellezas, desconocido en los antiguos tiempos, y de que se hubieran sabido aprovechar los Sófoeles y Eurípides.

CAPÍTULO IX.

DE LA INDETERMINACION DE LAS PASIONES.

Resta hablar de un estado del alma que nos parece no ha sido aun bien observado; este es el que precede al descubrimiento de las pasiones, cuando nuestras facultades, nuevas, activas, encierran, pero encerradas, se han ejercitado solo sobre sí mismas, sin fin ni objeto determinado. Cuando más civilizados se hacen los pueblos, más se aumentan este estado de *indeterminacion* de las pasiones; porque sucede entonces una cosa muy triste: el grande número de ejemplos que tenemos presentes y la multitud de libros que tratan del hombre y sus sentimientos, les hacen hábiles sin experiencia. Se halla uno desengañado sin haber gozado nada, y le quedan deseos sin tener ya ilusiones. La imaginación es rica, abundante y maravillosa, la existencia pobre; árida y sin encanto alguno. Vive uno con un corazón lleno en un

mundo vacío, y sin haber usado cosa alguna, nos hallamos desengañados de todo.

Es increíble lo amarga que hace la vida este estado del alma y cuántas vueltas y revueltas da el corazón para emplear las fuerzas que conoce lo son inútiles. Los antiguos han conocido poco ó nada esta inquietud secreta y esta aspeza de las pasiones abogadas que fermentan todas á un tiempo: una grande existencia política, los juegos del gimnasio y del campo de Marte, los quehaceres del foro y de la plaza pública ocupan todos sus momentos y no dejan lugar alguno á los enfados del corazón.

Por otra parte, no gustaban de las exageraciones, de las esperanzas, de los temores sin objeto, de la movilidad de las ideas y de los sentimientos, ni de la perpetua inconstancia, que es solo un disgusto continuo; disposiciones todas que adquimos con el trato íntimo de una mujer.

Estas, pues, además de la secreta pasión que ocasiona en los pueblos modernos, influyen tambien sobre todos los demás sentimientos. Tienen en su existencia cierto abandono que hacen pasar á la nuestra; hacen que no sea tan firme nuestro carácter de hombre, y afinadas nuestras pasiones con la mezcla de las suyas, toman á un mismo tiempo cierta incertidumbre y ternura.

Por último, los griegos y los romanos no dilatando casi su vista mas allá de la vida, ni creyendo placeres mas perfectos que los de este mundo, no eran como nosotros llevados á las meditaciones y deseos por el carácter de su religion. La religion cristiana, formada para alivio de nuestras miserias y necesidades, ofrece continuamente el doble retrato de las posesumbres de la tierra y de las alegrías celestiales, y de este modo forma en el corazón un manantial de males presentes y de esperanzas lejanas, de donde despiden extasis inagotables. El cristiano se considera siempre como un viajero que camina por un valle de lágrimas y descansa solo en el sepulcro. No es el mundo el objeto de sus deseos, porque sabe que *el hombre vive pocos días* y que este objeto se desaparecerá muy en breve.

Las persecuciones que experimentaron los primeros fieles, hicieron mayor su disgusto por las cosas de la vida. La invasion de los bárbaros echó el colmo á aquellas desgracias, y el espíritu humano recibió una impresion de tristeza, y tal vez un matiz de misantropía que aun no se ha borrado del todo. Por todas partes se erigieron conventos donde se retiraron los miserables envejecidos por el mundo, ó las almas que mas quisieron ignorar ciertos sentimientos de la vida, que no exponerse á verlos rendidos cruelmente. Pero en nuestros dias, cuando á estas almas fervorosas les han faltado los monasterios ó la virtud que conducía á ellos, se han encontrado como peregrinas en medio de los demás hombres. Distinguidas del siglo y asustadas por su religion, han quedado en el mundo sin entregarse al mundo, y han

llegado á ser la presa de mil vanas imaginaciones; entonces hemos visto nacer aquella melancolía callada engendrada en medio de las pasiones, cuando por falta de objeto se destruyen estas por sí mismas en un corazón solitario.

Admira que los escritores modernos no hayan pensado en describir esta posicion singular de las pasiones. Faltándonos ejemplos, no nos será permitido poner á la vista de los lectores un episodio como la *Atala* de nuestros antiguos Natches? Esta es la vida de aquel jóven René á quien *Chaclas* contó su historia. No es, por decirlo así, mas que una imaginacion, una pintura de la indeterminacion de las pasiones sin mezcla alguna de aventuras, fuera de un infortunio que sin producir sucesos considerables, sirve tan solo para castigar á René y para espantar á los hombres que entregados á inútiles desvarios huyen los cargos de la sociedad. Este episodio sirve tambien para probar la necesidad del amparo de los claustros para ciertas calamidades de la vida, contra las cuales no quedaria otro recurso que la desesperacion ó la muerte, si nos viésemos privados de estos retiros religiosos. De este modo los dos objetos de nuestra obra son hacer ver cómo el cristianismo ha modificado las artes, la moral, el talento, el carácter y aun las pasiones de los pueblos modernos, y de hacer ver cuánta es la sabiduría que ha dirigido las instituciones cristianas: este doble fin, repetimos, se encuentra desempeñado en la historia de René.

LIBRO CUARTO.

CONTINUACION DE LA POESIA EN SUS RELACIONES CON LOS HOMBRES.

PROSECUION DE LAS PASIONES.

RENÉ.

Llegando René á los Natches, se habia visto en la precision de tomar una mujer por esposa, para conformarse con las costumbres de los indios; pero no vivia con ella. Una inclinacion melancólica le arrastraba á lo interior de los bosques; pasaba solo en ellos los dias enteros, y parecia salvaje entre los salvajes. Habia renunciado el trato de los hombres, excepto el de *Cha-*

1 *Atala* forma el libro VI del *Genio del cristianismo*. A este episodio, publicado por el autor algun tiempo antes que esta obra de que hace parte, le precede el libro de las *Armonías de la religion y de la naturaleza*, sirviéndole de prefacio, como el de las *Pasiones* lo es de René.

clas, su padre adoptivo, y el del padre Souel, misionero en el fuerte Rosalia. Aquellos dos ancianos habian tomado mucho imperio sobre su corazón, el primero por medio de una indulgencia amable, y el otro, al contrario, por una extrema severidad. Desde la caeceria del castor, en que el ciego *Sachem* habia contado sus aventuras á René, no habia querido hablar este de las suyas. Por lo mismo *Chaclas* y el misionero deseaban vivamente saber en qué consistia que un europeo bien nacido tomase la extraña resolucion de sepultarse en los desiertos de la Luisiana. René se habia excusado siempre, pretextando el poco interés de su historia, que se cenía, segun decia él, á la de sus pensamientos y pasiones.

“Por lo que toca al motivo que he tenido para “pasar á la América, añadia, debo sepultarle en “un eterno olvido.”

Algunos años pasaron de esta manera, sin que los ancianos pudiesen conseguir les revelase su secreto. Por último, cierta carta que recibió de Europa por la via de las misiones extranjeras, rebolió su tristeza de tal manera, que huía hasta de sus antiguos amigos. Le volvieron á instar con mas ardor para que los desembrase su corazón. Usaron para esto de tanta discrecion, dulzura y autoridad, que al fin se vió obligado á satisfacerles. Convino, pues, con ellos en el día para contarles, no las aventuras de su vida, pues no las habia experimentado, sino los sentimientos secretos de su alma.

En 21 del mes que los salvajes llaman *la luna de las flores*, se acercó René á las cabañas de *Chaclas*. Dió los brazos al *Sachem*, y le condujo bajo un sassafrá ó laurel de los iroqueses, á la orilla del *Meschachee*. No tardó el padre Souel en llegar al lugar citado. Empezaba á asir la aurora: se percibia en la llanura, á alguna distancia, la aldea de los Natches con su bosque de moreras y sus cabañas que parecian colmenares. La colonia francesa y el fuerte Rosalia se divisaban sobre la derecha á la orilla del rio. Tiendas de campaña, casas á medio construir, fortalezas comenzadas, desmontes cubiertos de negros y grupos de blancos é indios, presentaban en aquel pequeño espacio el contraste de las costumbres sociales y salvajes. En el fondo de la perspectiva, hacia el Oriente, comenzaba á aparecer el sol entre las quebradas cimas de los *Appalaches*, que se señalaban en las doradas alturas del cielo como caracteres aislados; al Occidente ondeaba el *Meschachee* con un silencio magnifico, y formaba el borde del dibujo con una inexplicable grandeza.

René y el misionero admiraron por algun tiempo aquella hermosa escena, y compadecieron al ciego *Sachem* que no podia disfrutarla. Des-

pués el padre Souel y *Chaclas* se sentaron sobre los céspedes al pié del árbol. El jóven se colocó en medio de ellos, y de allí á un rato de silencio habló de esta manera á sus ancianos amigos:

“No puedo menos de cubrirme de vergüenza al empezár mi narracion. La paz de vuestros corazones, respetables ancianos, y la calma de la naturaleza que me rodea, me hacen sonrajar de la turbacion y agitacion de mi alma.

“¿Cuánita compasion me tendreis! ¡Qué miserables os parecerán mis perpetuas inquietudes! ¡Qué pensareis vosotros que hebeis consumido todos los pesares de la vida, de un jóven sin fuerzas y sin virtud, que halla en sí mismo su tormento y que apenas puede quejarse de otros males distintos que los que él mismo se ha acarreado? ¡Ah! no le condeneis, que bastante castigo ha recibido!”

“Mi venida al mundo costó á mi madre la vida; me sacaron de su seno con el hierro. Tenia un hermano á quien bendijo mi padre, porque era el primogénito. Yo fui criado lejos del hogar paternal, siendo desde muy niño entregado á manos extranas.

“Mi humor era impetuoso, mi carácter desigual: unas veces ruidoso y contento, y otras silencioso y triste; ya juntando al rededor de mí á mis jóvenes amigos, y ya abandonándolos de repente, me iba á sentar en un sitio solitario, para contemplar las nubes fugaces ó escuchar cómo caía la lluvia sobre las hojas de los árboles.

“Cada otoño volvia al castillo paternal, situado en medio de las florestas, cerca de un lago, en una provincia retirada.

“Timido y encogido delante de mi padre, no hallaba la alegría y el contento sino al lado de mi hermana *Amelia*. Me una estrechamente á esta hermana una dulce conformidad de genio y gustos; ella era un poco mayor que yo. Nos divertiamos en trepar juntos por los collados, en nadar en el lago y en pasar los bosques al caer de las hojas; pasos cuya memoria solo habia mi corazón de alegría. ¡Oh ilusiones de la infancia!

“Caminábamos unas veces silenciosos, prestando el oído á los sordos bramidos del otoño, ó al ruido de las hojas secas que tristemente hollábamos con nuestros pies; otras, en nuestros juegos inocentes perseguíamos á la golondrina en el prado, y al arco-iris sobre las colinas luviosas, y otras murullábamos algunos versos que nos inspiraba el espectáculo de la naturaleza. Siendo yo jóven, cultivaba las musas: no hay cosa mas poética en la vivacidad de las pasiones que un corazón de diez y seis años. La mañana de la vida está llena, como la mañana del día, de pureza, de imágenes y de armonías.

“Muchas veces en el dilatado bosque ó por entre los árboles, los domingos y dias de fiesta, los sonidos de la distante campana que llamaba

1 Colonia francesa en los Natches.

2 Anciano ó consejero.

3 Nombre propio del Missipi, ó *Meschachipi*.